

¡Félix Armor! Había arreglado bien su vida, y mientras su lucha, Albina guardaría silencio frente á todos. No era ella de las que comunican su dolor á oídos burlones ó indiferentes: ganadas ó perdidas, sus batallas permanecerían en secreto.

Su madre especialmente no sabría nada: la señora Frédel merecía ser dichosa, y Albina no turbaría su reposo. Además, Félix, dento de poco, no tendría pretexto para sus largas ausencias, la habitación de la isla era demasiado pequeña é iban á mudarse; habían comprado un espacioso hotel en la calle de Bolonia; allí comenzaría una nueva vida.

Era á Juan, mecido en sus rodillas, á quien contaba todo, devorando sus lágrimas mientras le dormía por la noche. En una vaga melodía le cantaba sus resoluciones, entremezcladas de palabras de ternura para el ingrato padre, tan querido.

—Tú también, cielo mío, harás llorar á las mujeres algún día—le cantaba meciéndole;—sé bueno con las que lloren, y sobre todo, hijo mío, guárdate de las demás.

Las blancas y finísimas ropas del niño fueron humedecidas más de una vez por las lágrimas de su madre; pero ni él ni su padre lo supieron nunca.



XV

Llegó Marzo con sus bruscos cambios de temperatura. Si se salía sin paraguas por la mañana, se volvía calado á medio día. Si, por la engañosa dulzura del aire á las dos de la tarde, se aligeraba uno de ropa, se hallaba transido de frío antes del obscurecer.

En uno de aquellos pérfidos días, Juan volvió á casa tosiendo volentemente. Venía muy encendido y quejándose.

—Esto no será nada—dijo la señora Frédel, que salió al encuentro á toda prisa.

—Que no salga en ocho días—dijo el médico.

—Mi hijo no tiene remedio—se dijo Albina, mirándole con una profundidad de intuición, que le quitaba toda esperanza.

Nadie sabía como ella lo que había disminuido de peso el niño, en cuestión de dos meses. La balanza acusaba, en efecto, alguna disminución, pero ella se había anticipado á la balanza. Cuando el doctor afirmaba que, al crecer tan de prisa, debía necesariamente padecer algo, Albina sabía que no era el crecimiento lo que causaba tal cambio en la criatura, sino algún mal, tanto más temible cuanto que ella lo presentía. Pasó el acceso de fiebre, disminuyó la tos, y reapareció el apetito.

—¿Vé usted cómo esto no es nada—dijo el doctor. Albina no respondió, presentía que la vida del niño estaba herida.

Una mañana, mientras que le vestía con una ternura y delicadeza que nadie hubiera podido reemplazar, Juan, volviéndose hacia ella, le dijo con gravedad:—Coco.

En el lenguaje infantil, significa tantas cosas este vocablo, que Albina no lo comprendió al pronto; la insistencia del niño, repitiéndolo obstinadamente, le parecía tan singular que no podía explicársela.

Por fin, Juan, ya impacientado, se fué al armario donde guardaba sus juguetes, sacó, no sin trabajo, el libro de estampas, muy estropeado, lo abrió por la página del cuervo, y dirigiendo á su madre una mirada de sorprendente intensidad, como para transmitirle su pensamiento:

—¡Coco!—repitió con fuerza.

—¿Tu amiguita?—exclamó Albina en el colmo de su sorpresa.—¿Magdalena?

—Sí—respondió Juan, moviendo enérgicamente la cabeza.

¿Pensaba en ella todavía? Su madre se maravilló de la constancia de esta afición infantil, que había creído olvidada, al cabo de cinco ó seis meses de separación.

—¡Quiero á Coco pronto!—continuó el pequeño.

¡Pronto! Juan desconocía los impedimentos materiales de la vida. No había, pues, para qué explicarle las razones por las cuales no podía Magdalena dejar ni á su madre ni las clases. Se apeló á engaños, tratando de ganar tiempo, y, de este modo, se obtuvo un plazo de ocho días.

Cuantas veces volvía de paseo preguntaba por Coco, arqueando las cejas como asombrado de no encontrarla. Cuantas veces salía su madre, Juanito le daba el nombre de Coco cual suprema recomendación. A últimos de semana, los hermosos ojos del niño adquirieron una expresión de tristeza resignada, al propio tiempo que rehusaba la comida.

—Aconsejo á usted que le conceda lo que pide—dijo

médico.—No está enfermo, pero sí podría llegar á estarlo.

Consultado Desroches, zanjó al instante la dificultad, escribiendo á su hermana que necesitaba indispensablemente á Magdalena. Al tercer día, Magdalena, ya muy crecida, pero siempre semejante á un cuervo, hizo su aparición en el cuarto de Juan, que le tendió los brazos llamándole: «¡Coco!»

Pareció entonces completamente dichoso; una expresión de paz y de contento se dibujó en su rostro, y su delicada voz tomó dulcísimas inflexiones para dar las gracias á Albina. La llegada de su amiga no le hizo, sin embargo, más indiferente á la presencia de su madre, de la cual no podía prescindir ni aun por breves instantes, y su apetito no se restablecía tampoco.

Estaba alegre, con una alegría tranquila y apacible, poco natural en un muchacho de su edad, y Albina comprobaba, con creciente disgusto, que su peso disminuía sensiblemente.

El doctor no sabía qué decir; se reunieron en consulta los dos especialistas más célebres en fermedades de la infancia, pero su opinión tampoco fué concluyente: debilidad extrema, frágil vida muy peligrosa cualquier accidente; carencia de remedios activos; aire, distracción ejercicio, tratar de alimentarle á toda costa...

Cuando ambos salieron, Albina quedó, con las manos juntas, mirando al pobre niño.

Comprendía que iba á morir aquel sér encantador á quien debía los días más puros de su vida.

¡Lo había sospechado siempre, desde que nació antes de tiempo, en medio de mil angustias, y el fatal momento estaba ya presente!

Presentía que por más que hiciera no podría evitar esta desgarradora separación.

Tenia para con ella indecibles ternuras, y cuando rehusaba el alimento, le daba un abrazo como pidiéndole per-

dón por tener que desagradarla... ¿Cuántos días le tendría aún á su lado?

Estaba jugando con Magdalena, explicándole en su media lengua algo muy complicado, que ella fingía entender perfectamente, cuando, de pronto, se dejó caer hacia atrás, como fatigado, y dijo:

— ¡Mamá!

Albina le cogió en sus brazos, sin atreverse á estrecharle contra su corazón, traspasado de dolor, y furtivamente, para que el niño no se apercibiese, enjugó las lágrimas que de sus ojos brotaban. El, dichoso sobre este tibio seno, donde siempre había encontrado reposo y consuelo, se durmió un instante.

¡Qué terror infunden en las madres estos sueños de los hijos enfermos! Cada uno de ellos les parece el último en que flota la preciosa vida próxima á perderse en el éter.

Pasaron algunos días. La nieve, que cae á grandes copos, cubre aquel jardín cuyas tapias y cuyos árboles, más oscuros que de ordinario por el contraste con la blancura del suelo, semejan, fatídicos signos de luto.

En el cuarto de Albina está Juanito sentado sobre almohadas, á la orilla de la cama, jugando con las trenzas negras y tupidas de Coco, inclinada junto á él; le gustan sus cabellos frescos y suaves al tacto, y los combina de mil maneras. La paciente Magdalena le deja obrar, sonriendo cuando la tira demasiado fuerte, dichosa porque le entretiene; contenta, bien que á expensas de algún sufrimiento, pues aterra en su alma algo del heroísmo de los apóstoles, y no le disgusta que la felicidad de su Juan le cueste á ella cierto dolor corporal.

Albina está sentada frente á ellos, sin perder el menor movimiento del niño, de quien no se separa un sólo instante; ¿quién sabe cuántos días verá todavía fulgurar en su presencia la inquietadora llama de sus oscuros ojos?

¿Y Félix, qué dice á todo esto? Está traspasado, loco de dolor, vaga por todo París, vestido con un desaliño no ha-

bitual en él, y cuando se encuentra con un amigo le estrecha en silencio la mano, separándose á poco sin haber articulado palabra. ¡Tan abstraído se halla su espíritu!

¡Pobre Félix! Incapaz de permanecer en su casa en medio de la calma aparente y necesaria de aquella vivienda muda en que hace dos años veía haciéndose mucho ruido, entra y sale, y, de cuando en cuando, tirando de la manga á la abuela ó al abuelo, siempre presentes en tan funestos días, les dice con cierta brusquedad que exige aprobación:

— ¡Mírenle ustedes! ¡Qué torpes son los médicos! ¡Este niño no está malo, sino algo delicado!

Han pasado algunos días: los caprichos de Marzo cesaron; Abril sonrió en las liras del jardín, frondosas de repente sin saberse cómo.

La hierba está esmaltada de margaritas, los árboles son nidos de pájaros, los mismos sin duda de los que Félix ha dicho que saludaban la alborada de su amor.

El sol penetra por la ventana de la alcoba nupcial, y Juan, en el lecho, apoyado sobre las almohadas, mira los insectos agitarse en los rayos de luz; ya no ríe alegremente, pero en sus labios se dibuja, de cuando en cuando, una sonrisa.

Coco está sentada sobre la cama, rodeada de juguetes con que, sin embargo, no juega, entretenida en observar la difícil respiración del niño, que en fuerza de ser difícil, pronto se extinguirá.

Juan tiene á su lado el caballo de madera, ya sin cola, casi sin patas, pero que continúa siendo su amigo, porque Juan es constante en sus afecciones.

Su abuelo ha ido á casa del doctor Archambault con objeto de hacerle volver; su abuela está allí junto á la ventana, teniendo las agujas de malla en la mano, pero sin trabajar.

Félix salió diciendo:

¡No puedo ver esto! ¡Me mata! Albina permanece allí.

aquel espectáculo la mata mucho más seguramente; pero jamás se perdonaría haber perdido un minuto siquiera de la vida de su hijo, flotando sobre el lecho nupcial, en donde apareció, hace dos años poco más ó menos.

La habitación no está triste, gracias á los pájaros, al sol, á las flores colocadas sobre el poyo de la ventana. Juan adora las flores y desea estar rodeado de ellas, pero no lo consienten á causa del olor.

Mira á Coco, y articula su nombre. Ella inclinándose, besa las blancas manitas del niño con la religiosidad que besaría en Viernes Santo los pies del Creador.

Llama á su abuela, le acaricia los cabellos, notablemente encaneci los en las últimas semanas, y con su pálida manita parece bendecir aquella frente venerable.

Después llama á papá.

— Papá viene al instante, querido mío— dijo Albina, apoyándose en la cabecera del lecho, y envolviendo al niño en una tierna mirada.

La pobre madre está siempre en pie con objeto de no hacerle esperar cuando pide algo. Tres días con dos noches lleva en pie, y nadie se atreve á decirle que se siente.

Un soplo de viento hace estremecer las hojas en sus ramas, y los microscópicos insectos se agitan violentamente en los rayos del sol.

— Mamá, ven á dormirme— dijo Juan con imperceptible voz.

Albina quiere levantarle en sus brazos; pero el niño hace un signo negativo. Se siente tan débil que teme moverse.

Entonces Albina, inclinándose sobre Juanito, le estrecha contra su seno, y acurrucándose cual si sintiera frío cerró el niño los ojos.

— ¡Qué bien se está así, sobre el corazón de mamá! ¡Es tan buena!

Hace un esfuerzo, y acercando su boquita á la mejilla de su madre, deposita en ella un beso.

— ¡Mamá, otro!

La madre le besó con ternura.

La señora Frédel es presa de un miedo espantoso.

Albina está tan pálida que parece próxima á morir. Sus ojos permanecen cerrados para contener las lágrimas, pues Juan jamás ha sorprendido una lágrima en los ojos de su madre.

Albina abre de nuevo sus ojos, de donde las lágrimas han desaparecido evaporadas al calor del amor maternal, y quiere ver á su hijo hasta el fin.

La cabeza de Juan parece sostenerse á duras penas sobre el lángido cuerpecito, y en sus ojos la inquietadora llamarada se ha extinguido. Siente su mejilla, tibia aún, el ósculo amoroso que su madre imprime, pero la respiración disminuye, z zobra, se detiene... luego se reanuda en un suspiro, mas no continúa... Juanito ha muerto. Una ráfaga de viento trae el perfume de las rosas como para embalsamar su cuerpo y perfumar su alma en el instante mismo de morir, mientras los impalpables corpúsculos atmosféricos continúan la vertiginosa danza en su rayo de sol.

La madre permanece inmóvil. Cree ser la única que sabe la muerte de su hijo y no quiere romper el encanto misterioso de su silencio, último lazo que á él le une. No pronunciará, pues, la fatal palabra; sus labios, que han recogido el postrer calor de la infantil mejilla, guardan la consagración de aquel beso. Ha muerto queriéndola, esto la tranqui liza produciéndole cierto amargo contento que saborea en su insondable dolor.

— ¡Albina!

Abrió los ojos y vió junto á sí á la señora Frédel, en cuyo rostro se pintaba exactamente la congoja de su alma. Había olvidado que tenía una madre.

¡Oh, si su madre debía sufrir viéndola muerta, lo que ella sufría entonces, preferiría cien veces perderla que arrojar en su alma tan bárbara angustia! Miró á la señora Frédel y le tendió la mano.

—Ven, Albina....

—Déjame un poco más—murmuró la joven.

Pero la señora Frédel es enérgica, manda y su hija obedece como ha obedecido toda la vida.

Coco llora á raudales sin escándalo. Sabe que el llanto del dolor debe ser silencioso.

El abuelo entra en aquel momento acompañado del doctor Archambault, que mira con pena el hermoso rostro adormecido del niño, cuya expresión dulce y tranquila tiene no poco de triste. Ha visto morir muchos niños, pero no tan hermoso como éste. Félix entra también.

—¡Qué, todo ha concluido ya, hijo mio!— exclamó poniéndose de rodillas junto al lecho y sollozando con el rostro oculto entre las manos.

—No estaba presente cuando su hijo nació—pensó Albina—ni tampoco cuando ha muerto.

Y sintió cierta especie de piedad por el hombre á quien, sin embargo, amaba todavía, por el hombre que ha sido padre tan poco mientras ella era madre con toda su alma. Nunca Félix llorará la muerte de su hijo como ella ha de llorarla, y no obstante, no quisiera estar en su lugar ante el mundo.



XVI

El cuerpo de Juan estaba ya depositado en el cementerio de Montmartre, bajo una profusión de blancos pétalos, caídos de un gran cerezo silvestre, y Albina se disponía á salir de la isla de San Luis.

Tenia cariño á la habitación en que habia nacido el fruto de su tierno amor y le costaba no poco trabajo el abandonarle por el hotel de la calle de Bolonia; pero aqui estaria mucho mejor porque podria ir diariamente al cementerio.

Le contrariaba, á pesar de esto, alejarse del cuarto en que Juan lanzó su último suspiro; cuando sacaron el lecho le pareció que el pequeño féretro se iba por segunda vez de ella, lo cual le desgarraba el corazón.

Ya habian sacado todos los muebles, y un coche esperaba á la puerta, cuando Albina recorrió por última vez las habitaciones de la casa con objeto ver si quedaba algo olvidado.

—¡Tres años de mi vida!—pensó—tengo veintitrés.... ¡Qué vieja soy!

—¡Albina, vamos!—le dijo su madre.

¡Siempre tan fiel y vigilante la señora Frédel, pero tan cambiada de unos dias á esta parte! La joven se preguntaba á veces si todavía tendria el placer de conservarla por espacio de mucho tiempo.

El hotel estaba convertido en un *maremagnum*; diríase que un cataclismo tuvo, sin duda, lugar en sus habitaciones interiores, hasta el punto de no parecer cosa hacedera el poner en orden los objetos. Coco se encontraba allí arreglando, clasificando, distribuyendo todo con una destreza extraordinaria. Siempre de negro, la pobre Coco, que todavía llevaba luto por su padre, estaba contenta, según manifestó á la señora Frédel, de poder vestir luto por Juan sin que lo pareciese.

Desroches escribió á su hermana, la cual consistió en que Magdalena quedase al lado de Albina con el fin de ayudarle en la mudanza. En el fondo, Desroches estaba orgulloso viendo que su sobrina era útil y que estaba muy apreciada por aquella familia.

—Es una chica extraordinaria—decía algunas veces con modestia, pero regocijándose íntimamente con tal idea no dudo que se podrá sacar gran partido de ella.

—Coco—debía quedarle este nombre como un recuerdo de Juan, y ella no quería oírse llamar de otro modo en aquella casa, Coco había pensado en muchas cosas; había bujías en los candeleros y hasta aceite en las lámparas; los cubiertos estaban preparados en el comedor.

Los tapiceros colocaban los cortinajes, subidos en escaleras; la hermosa cama estaba montada en aquella habitación tan pequeña, pero había otras varias espaciosas y el conjunto sería armónico. Coco también tenía preparada una linda camita nueva, traída para ella, pues, sin que nadie dijese nada, Coco sabía perfectamente que, en lo sucesivo, pasaría junto á la esposa de Armor todo el tiempo que su madre tuviese á bien permitirsele.

Sin embargo, á pesar de tanta previsión, en el momento de sentarse á la mesa, Albina echó de ver que se habían olvidado de hacer el asado, ni ella ni la cocinera se acordaron de semejante cosa con el desorden de la mudanza.

Ya era tarde; Félix, en su estudio tronaba contra los hombres, que no habían revisado bien los pies del piano de

cola, lo que le haría cojear hasta tanto que se le metiese una cuña; la doncella, con una bujía en la mano, alumbraba la operación en la espaciosa estancia situada al Norte, y algo sombría por la tarde.

—Voy á comprar algo para la comida—dijo Albina á la cocinera;— con eso conoceré á los tenderos de este barrio.

El apacible día de Abril terminaba en medio de un nimbo de dorado polvo; los gritos de los chicos jugando en la calle, el ruido desagradable del cuerno de los tranvías, y el rodar de los coches sobre el empedrado, daban á aquel recinto el aspecto y la animación de la ciudad, á que Albina, en la soledad de la isla de San Luis, no había tenido ocasión de acostumbrarse.

Terciando por la calle de Blanca, tomó maquinalmente la dirección que le indicaba el ruido; aunque muy cansada, necesitaba distracción exterior; durante aquel penoso día, sólo había visto y manejado objetos propios para hacerle reconcentrarse en sí misma.

El movimiento y el tumulto le sobrecogieron, cuando se vió en lo alto de la calle; aquello era un vaivén incesante de carruajes al trote largo, lavaderos, carniceros y carreteros que venían de vacío una vez terminadas sus faenas; los perros se peleaban, corrían y jugaban con estruendosa algarabía en la calle Lepic; los vendedores ambulantes, puestos en fila á lo largo de la acera de la derecha, llamaban á los transeúntes, voceando sus mercancías; al estremo de la calle Fontaine, un almacén de novedades tenía por defuera multitud de telas, á guisa de nuestras, las cuales flotaban á impulso del ligero soplo del viento, cual banderas de todos colores, las sombrillas azules, rojas y crudas, completamente abiertas y colocadas por los puños, giraban y chocaban una con otras como absurdas y gigantes casacas. A la puerta de un café, varios hombres conversaban en alta voz, tomando ajenjo, cuyo aromático olor se esparcía por el ambiente.

Albina se detuvo, miró todo esto, y retrocedió, no sin

dirigir una mirada de codicia hacia el cementerio. ¡Deseaba tanto haber ido allá! . . . Pero era preciso desistir á causa de lo avanzado de la hora.

Volvió á bajar la calle de Blanca, buscando á derecha é izquierda una tienda donde poder comprar algo de comer. Pronto encontró una carnicería, donde adquirió un beefsteak que hizo enviar á su casa.

Al volver la esquina de la calle, vió en una frutería una manzanas tan bien conservadas, que entró en ganas de comprarlas. Mientras que la vendedora le servía, Albina miraba distraídamente las legumbres, muy bien expuestas, las frutas, rodeadas de musgo, los sacos llenos de arroz ó harina, la apetitosa manteca de vacas, distribuida en trozos cuidadosamente cubiertos de blanco lienzo.

Todo estaba muy limpio y muy agradable en esta tienda; la misma vendedora respondía á la apariencia de su establecimiento. Era una mujer de unos treinta años, fresca y sana, bastante agraciada, con rasgados ojos negros, hermosos cabellos y una bondadosa sonrisa que daba animación á su semblante.

Albina, después de haber pagado su compra, se dispuso á coger el envoltorio que aquélla le presentó, cuando quedó petrificada bajo la conmoción más violenta que jamás hubo recibido.

Un niño de dos años, vestido de blanco, con cabellos rubios ensortijados, con ojos oscuros, en los cuales fulguraba una inquietadora llama, que corocia perfectamente, acababa de aparecer en su presencia. Oculto en un principio tras una jaula de conejos, el muchacho se había levantado y ofrecía á los animalitos un puñado de hierbas.

Volvióse hacia Albina, y ésta vió entonces la viva imagen de su hijo; tenía la misma mirada, idéntica sonrisa. Llamó á los conejos con una palabra afectuosa. . . . y era la misma voz.

— ¡Juan! — exclamó afablemente Albina — agarrándose al quicio de la puerta con ambas manos para no caer, para

no correr y arrebatar al niño, en suma, para no ejecutar algún acto de locura.

— No, Juana — dijo la vendedora un tanto sorprendida — es mi hija, tiene dos años. . . . Ven, Juana, ven aquí á dar los buenos días á esta señora.

Con el instinto propio de las madres, había adivinado la causa de la emoción de Albina, y discreta, llena de compasión, permaneció en el dintel de la puerta, teniendo á su hija de la mano, dispuesta á ofrecerla á las caricias tanto como á defenderla contra un gesto demasiado brusco.

— Juana — repitió lentamente Albina — sin apartar sus ojos de la niña. — ¿Y tiene dos años?

— El día 14 de Abril, la víspera del término — dijo la frutera sonriendo — no se olvidan tan fácilmente estas fechas.

— El día 14 de Abril . . . Juan los cumplía el 17. . . . No tenía dos años. . . .

— Albina hablaba á media voz, como entresueños; la frutera terminó por ella, diciendo:

— ¿Hace mucho tiempo que le ha perdido usted, se ñora?

— ¡Quince días! . . . ¡Cómo se le parece! ¿Quiere usted permitirme que la mire?

— Entre usted, señora, y siéntese — dijo la buena mujer — presentándole un sillón.

Albina aceptó; sus piernas temblaban tanto, que tuvo miedo de caer. Luego que se sentó, ahogando su emoción para no asustar á la niña, le tendió la mano. La fresca manita de Juana se posó tímidamente en la suya, mientras los oscuros ojos, inquietos al principio, la miraban ahora confiadamente. El contacto de aquella manita fué demasiado para la pobre madre; rompió en sollozos hasta entonces contenidos, y la frutera enjugaba las lágrimas que arrasaban sus ojos. Nadie pasaba en aquel momento por la calle.

— Perdone usted — dijo Albina cobrando valor. — Esto es ra más fuerte que yo. ¿Me permite usted que la bese?

— ¡Con mucho gusto! — dijo la frutera levantando ella

misma hasta los labios de Albina á la niña siempre seria, pero tranquila, que se dejó coger de buen grado.

—¿Me permitirá usted volver? —dijo la esposa de Armor — vivo muy cerca de aquí.

—¿Es usted acaso la que se ha mudado hoy? ciertamente, señora, cuando usted guste, sin reparar para ello en que no necesite usted nada de nuestra casa. Yo también he perdido un hijo..... Era muy pequeño, pero es lo mismo.

—¡Y se llama Juana! — murmuró Albina pensativa.

—Está muy delicada, señora, y la criamos con gran trabajo; el médico nos ha dicho que necesita muchos cuidados... Aunque no somos ricos, no carece de nada. Y á pesar de todo, la criaremos, porque en fuerza de quererla.... Buenas tardes, señora, hasta otra vista.

Albina había tomado su envoltorio de manzanas y se iba. Habiendo llegado á la puerta del hotel, no pudo contenerse y retrocedió de nuevo.

La frutería estaba sin luz, en la calle había aún bastante claridad; pero en la trastienda, cuya puerta quedó abierta, una lámpara alumbraba de lleno el rostro de Juanita, sentada sobre una silla muy alta. Su madre acababa de destapar la sopera humeante, cuyo vapor ascendía formando caprichosos remelinos.

Con aire satisfecho, teniendo la cuchara en la mano, la niña se balanceaba de adelante á atrás, con ese lindo ademán impaciente y revoltoso de los niños que aguardan su comida.

¡Cuántas veces había sonreído Albina ante esta juguetona impaciencia, en los tiempos ya lejanos que Juan pedía su sopa! ¿No era Juan vuelto al mundo bajo otra forma la criatura que tenía ante sus ojos?

Sentía deseos de entrar y robar á la niña. ¡Debía ser para ella aquella criatura tan semejante á su hijo! ¿Había en el mundo otros oscuros ojos tan dulces, con una llamara tan intranquilizadora para una madre; otro niño tan perfecto destinado igualmente á morir un día dejando tras

si corazones dislacerados? Esto no era posible, aquella era la misma criatura, la misma.....

El padre hizo un movimiento mediante el cual pudo verle Albina. Era un hombre robusto, alto, de franco semblante y de sencillos ademanes..... Aquel niño tenía padre y madre, no era un sueño, el sueño de la madre enloquecida.... Dos robustos muchachos hermanos suyos, cenaban tranquilamente á su lado.....

Albina muy preocupada, emprendió otra vez el camino de su casa.

—Juana... se llama Juana... y ha nacido el catorce de Abril.... Durante aquella noche, bajo el techo de la nueva casa, tuvo un sueño singular: Juana y Juan, agarrados de la mano, subían por un camino pedregoso; eran tan semejantes que Albina no podía distinguir bien á la una del otro, lo cual no le atormentaba porque los quería igualmente. De pronto, sin saber cómo, los dos niños se fundieron en uno solo, que continuó su camino... Albina no sintió miedo porque sabía que el suyo estaba allí, en esencia cuando menos... Fué un ensueño delicioso, que lloró amargamente al despertar, pero que recordaba después con mucho agrado.



XVII

Pasada la primera emoción, Albina se hizo dueña de sí. No porque hubiera de curarse en ella algún día la profunda herida que el dolor había abierto—las madres lloran á sus hijos toda la vida—sino porque era muy joven y se sentía llena de fuerza bajo su apariencia delicada. Procuró vivir, no por sí misma, que las manitas de Juan parecían atraerla al sepulcro, acaso tampoco por Félix, cuyo amor no era bastante fuerte para sostenerla, sino por la señora Frédel, la cual siempre silenciosa, la observaba con una punzante agonía en el rostro, y por su padre que había adelgazado hasta el punto de inquietar á ambas.

¿Quién creería las manos de un niño bastante fuertes para arrastrar más allá de la vida á sus abuelos? Albina tuvo que poner mucho de su parte para conservar la existencia de los mismos, más visiblemente afectados que ella, ya que su dolor no fuese más profundo. Además, los cuidados de una nueva instalación le robaron todo el tiempo durante semanas enteras, y la necesidad de ocuparse en cosas materiales fué un poderoso lenitivo para librarla de la imbecilidad que le amagaba.

Todos los días y en cualquier tiempo, se iba al cementerio, y al volver dedicaba algunos minutos á la contemplación de Juana Maison, en casa de la atenta frutera del extremo de la calle.

Juana había sentido desde el primer día una profunda simpatía por la linda señora de negro que la besaba, y, á causa de una de esas intuiciones infantiles, tan misteriosas que es preciso admirarlas sin tratar de explicarlas, le había cobrado cariño.

A eso de las seis y media, hora en que Albina volvía de su peregrinación cotidiana, Juana tenía la costumbre de ponerse al acecho en la puerta de la tienda, sentada sobre un banquito de su exclusiva propiedad; allí esperaba su visita con una linda sonrisa de impaciencia. Al verla, agitaba sus manitas como indicándole que se diera prisa, y pocos días tardó en salir al encuentro tendiéndole sus bracitos para obtener el deseado beso.

—¡Es raro, porque no suele mostrarse expresiva!—decía la madre.—Le gusta más esta señora que amigos nuestros á quienes conoce desde que nació.

La semejanza de la niña con Juan no era sólo superficial, sino que trascendía al carácter, al modo de hablar, á los gustos y á los ademanes; Albina, á quien todo esto causó cierto sufrimiento en un principio, cual si fuese una preferencia, lo encontró poco á poco motivo de singular alegría. Siempre cuidadosamente vestida de blanco, con ese gusto innato para el adorno de los niños, que es uno de los caracteres distintivos del bajo comercio parisiense, Juana era una niña notablemente hermosa y distinguida; hubiera podido nacer en un palacio sin tener que alterar nada en su persona, y los cortesanos se hubiesen extasiado con su gracia.

Albina se complacía en tenerla sobre las rodillas haciéndole hablar, para descubrir en sus ojos un destello de la expresión que tenían los de su hijo; pero Juana, aunque delicada, se hallaba á la sazón bien de salud; en lugar de la mirada investigadora del hijo de Albina, mostraba en sus ojos la bulliciosa alegría propia de la infancia; la esposa de Armor no sentía tal contraste, al contrario, pareciale á ve-

ces que el niño muerto había vuelto á la tierra y que se le veía reír como lo hubiese hecho de haber vivido.

En más de una ocasión pensó á sus solas, que el encuentro de aquella pequeña era un gran consuelo de que tenía necesidad, y que la suerte le deparaba; pero, por una especie de pudor moral, quizás por temor de que la vituperasen, no habló de ello ni á su madre ni á su marido.

Aquel golpe fatal aunque previsto, abatió mucho á Félix. Durante varios días, anduvo por la casa con aspecto huraño y melancólica mirada, sin hablar á nadie, ni á su mujer, después, una mañana abrió el piano, y creó una encantadora melodía. Por la tarde, cuando Albina volvió de la calle de Boulogne, á donde había ido para preparar su instalación, la llamó y ejecutó en su presencia esta nueva obra.

—¡Es bellísima!—le dijo no sin cierta secreta amargura.—¿Has hecho eso hoy?

—Sí. Es una marcha fúnebre para un niño.

Albina se apartó sin proferir una sola palabra. Aquello era demasiado y demasiado pronto también: ¡la *Marcha fúnebre* se uniría al *Canto de Bodas* en los conciertos!

—¿No te gusta?—preguntó Félix algo amostazado.

Hacia mucho caso de sus opiniones musicales.

Ella se acercó de nuevo y posó sus delicadas manos sobre los hombros de su marido.

—Sí—le dijo—me parece bellísima. ¡Eres muy dichoso porque puedes trabajar, mi querido marido!... eso te distraerá... has hecho bien;—hablaba sinceramente, pero de pronto se iluminó su pensamiento: había comprendido que aquel orgulloso no era sino un niño, un niño grande que tenía á cuidado hasta cierto punto. La misma atmosfera de dolor y clemencia envolvió á los dos.

—¡Ya no somos más que el uno para el otro!—murmuró Albina sollozando.

Armor la estrechó contra su corazón; en este momento la amaba más que á todo el mundo, más que á sí propio.

La frialdad que les separaba hacia algún tiempo, se fundió como la nieve; Félix se reprendía no haber sabido participar de los cuidados de la joven madre, aligerándolos en cuanto cabe dentro del poder y del deber de un padre; esta reprensión tácita le exasperaba, pues su orgullo no admitía ninguna advertencia. A la sazón, viéndola tan dulce, tan llena de sufrimientos, tan huérfana de aquel hijo de quien, más enamorado, hubiese tenido celos, la amaba con ternura porque había sufrido, y, más que nada, tal vez porque siendo débil, sólo podía encontrar apoyo en él.

Durante algunos meses, su conducta fué muy correcta, y, sin embargo, Albina no le habló de Juana; ella era su consuelo, su secreto; no estaba completamente cierta de que existiese, y con frecuencia se preguntaba, si no era todo aquello un ensueño de su imaginación calenturienta; se necesitaba la vida de Juana, y mejor aún, la de la señora Maison, tan reposada en sus maneras, tan poseída de su papel de comerciante en su tienda, para que la joven palpase la realidad de la existencia de la niña.



XVIII

Pasó el verano. Entre el salón de primavera y el estreno de otoño, se pierden las gentes de vista como para un viaje al Polo Austral; al volver se sorprende uno viendo á las personas tan poco cambiadas y las cosas en su antiguo lugar; á veces también se sufre el desencanto de no ver más á aquellos con la idea de cuyo encuentro se regocijaba nuestro espíritu.

La muerte de Juan había hecho gran ruido en el mundo artístico, y jamás algún otro féretro blanco se vió tan cubierto de coronas; mas su desaparición estaba de tal modo olvidada cuando volvió el invierno, que Albina, de luto, escuchaba con asombro cómo la preguntaban más de una vez muy inocentemente:

—¿Se le ha muerto á usted alguien?... ¡Un niño ocupa tan poco espacio en la existencia de los demás!...

Fué preciso recibir en el hotel comprado al efecto; la vida de sociedad, la vida artística sobre todo, no permiten descanso; las gentes le acosan á uno y es preciso estar siempre en la brecha; triste ó alegre, sano ó enfermo, hay que recibir y recibir con la sonrisa en los labios.

Por eso Albina llevaba por la noche su luto con traje blanco. ¿Qué le importaba, por otra parte? ¡Su pena estaba muy por encima del traje! ¡Luego, al entrar en su alcoba, cerrando los ojos en la obscuridad cuando se acostaba, sen-

tía el vacío que sobre su seno había dejado la cabeza de Juan, pareciéndole un inmenso hueco en cuyo fondo palpaba su corazón ensangrentado.

Y los meses se deslizaban todos iguales: se había tocado la *Marcha fúnebre de un niño*, obteniendo un éxito semejante al del *Canto de Bodas*. El editor de Félix le había pedido una edición á cuatro manos, fácil para los niños, que produjo mucho dinero.

Una noche, Albina se quedó en casa sola, mientras que Armor había salido; de repente se acordó cómo tres años antes, en la casa de la isla de San Luis, había pasado la terrible noche de la primera representación de la *Reina Aurora*. Ahora se encontraba bien, aunque siempre débil, y su situación actual, apenas se parecía á la de entonces. Félix entró en aquel instante, Albina le miró con extrañeza. ¿Las once? ¡Nunca volvía tan temprano! Antes que ella formulase ninguna pregunta, le dijo Félix aproximándose:

—¿Te sorprende verme ya?

Ella besó en la frente, miró el libro que estaba leyendo y puso el sombrero sobre un mueble.

—Me aburría—continuó—; la reunión comenzó mal; estoy seguro de que será insoportable.

—¿Dónde estabas?—preguntó distraidamente Albina.

—En casa de Bordant—respondió casi entre dientes. Fuera hace frío.... Aquí se está bien.... Muy bien.... Esto es lindo.... Y paseó su mirada en deredor suyo, cual si nunca hubiera visto los objetos que le rodeaban.

En efecto, aquello era lindo. Había hermosas palmeras, raros tapices, varios cuadros firmados por nombres conocidos, en marcos cuyo oro arrojaba sobre la pintura algo de resplandor discreto de la lámpara; todo era, pues, rico y artístico al mismo tiempo que digno de él y de Albina.

—¿Es fea la casa de Bordant?—preguntó la joven, satisfecha de esta explosión de admiración completamente inesperada.

— ¿La casa de Bordant? ¡Ah, sí! No, no es fea; pero ésta está mejor puesta, sin embargo.

Se había quitado los guantes y los doblaba con un cuidado, que no tenía por costumbre. Los colocó junto al sombrero y volvió al lado de Albina.

— ¡Las once nada más! ¿Qué [vamos á hacer para acabar la noche? ¿Quieres que nos marchemos á cenar á cualquier parte?

Ella le miró estupefacta.

— ¿Cenar? ¿Tienes hambre?

— No, cenar por cenar.

Se le aproximó muy de cerca besándola en el cuello como un marido enamorado.

— Hueles bien— dijo con amable tono.

— ¿Yo? Creo no oler nada— dijo Albina sonriendo.

— ¡Precisamente eso es lo que huele bien! Hay personas que se perfuman hasta producir jaqueca á los demás.

Había pronunciado esta frase con cierta apariencia de rencor, que atrajo la atención de su mujer, la cual le miró más atentamente.

— ¿Quieres que vayamos á cenar en gabinete reservado? Tendrá gracia, eso eso no lo hemos hecho nunca. Vamos, ven.

Le tiró de la manga como un niño mal educado, pero ella resistió riéndose nerviosamente.

— ¿Ir á cenar á una fonda?— dijo— ¡para que mañana lo digan los periódicos!

— Y bien, aunque así sea— respondió Félix— puede uno estar de vena con su mujer.

Un rayo de luz iluminó la inteligencia de Albina, pero rechazó el extraño pensamiento que se le había ocurrido.

— No— dijo— una mujer que se estima no debe exhibirse por las fondas ni aun con su marido.

— ¡Te haces la gazmoña!— dijo Armor malhumorado.

— Tal vez; pero te digo rotundamente que no.

Félix se echó como aburrido sobre un diván. Todos los instintos de joven bien educada se revelaban en Albina contra la proposición de su marido, sintiendo rugir en su interior la cólera, próxima á estallar, cual si hubiera sido insultada.

De cuando en cuando dirigía una mirada sobre el diván, porque á pesar de todo no quería verle de mal humor. Félix se levantó al cabo de cinco minutos.

— ¿Con que no quieres venir?

— No, querido Félix, y pensándolo bien tampoco querías tú que fuese.

— Bueno, pues me voy solo. Adiós.

Albina, que se había levantado, púsose delante de él.

— Marido mío, es preciso que me escuches un instante.

— ¿Un espectáculo?

— No, una explicación.

— ¡Lo mismo da!— dijo irónicamente.— Y bien, señora, explíquese vd.

Ejecutó con el brazo un gesto teatral y burlesco señalando una silla. Albina no hizo caso, y ambos permanecieron en pie uno enfrente de otro en medio de la casi obscuridad de la habitación, lejos de cuanto tenía apariencia de intimidad y de dulzura.

— Has vuelto tan pronto— dijo Albina con calma y firmeza— porque te han faltado á una cita.

— ¿De negocios?

— No, con una mujer.

Quería defenderse gritando con fuerza, pero su mujer le interrumpió sin turbarse.

— No hagas ruido; no hay necesidad de que los criados se enteren. Te han faltado á la cita y has venido aquí despechado. No te enfades, porque á nada conduciría. Ya ves que yo no lo estoy. Ibas á cenar en la fonda con una... persona que usa perfumes tan subidos que producen jaqueca.

Félix fue á sentarse en el diván á dos pasos de allí, silbando una canción. Albina permaneció de pie en el mis-

mo sitio, imperturbab'e aunque su sér parecia hervir como el metal en el horno

—Entonces, para no perder la noche, se te ha ocurrido la idea de llevarme á cenar del mismo modo.... Será muy graciosa esta idea, pero yo no puedo aceptarla.

—¿Has terminado tu novelita?—dijo Félix sin levantar la cabeza.

—Todavía no. Además, presentándote conmigo en una fonda, adonde supongo que no irías por vez primera, podías probar perfectamente la coartada, en caso de que alguien pretendiera haberse visto con otra mujer. Entonces me dirías riendo: «¡Está gracioso! ¡No te han conocido y me calumnian!» Eso, Félix, es perversidad. Podría perdonarte que me engañases, pero emplear tales medios conmigo, no puedo menos de considerarlo una grave ofensa. Ahora, sal si quieres; me darás un disgusto.

Félix se había levantado con las cejas fruncidas, dejándolo ver en su aspecto toda la cólera que le embargaba; pasó delante de Albina con el sombrero puesto.

Ella sintió desfallecer su corazón. ¡Le amaba tanto, á pesar de todo! Y como había dicho, ya no existían más que los dos.... ¡Ay! Albina sólo tenía á Félix, porque éste casi no necesitaba de ella. Estuvo á punto de llamarle, mas se contuvo, comprendiendo que, si cedía, no sería más que una miserable esclava de los caprichos y de los gustos de su marido; pues sabía que, como era terco, la llevaría á la fonda por salir vencedor, pero que volvería á casa degradada ante sus propios ojos y caída de su tranquilo esplendor de mujer honrada.

La puerta del hotel se cerró haciendo un ruido sordo; Albina tendió los brazos y gritó: ¡Félix! Después cayó de rodillas llorando junto al diván en que su marido estaba sentado un momento antes.

—¡Oh, Juan! ¡Oh, Juanito, partido de este mundo! ¡Nada hay que consuele á la madre! ¡Nada hay que consuele á la esposa!

¡Es posible que las mujeres den á luz hijos para que luego les sean tan cruelmente arrebatados!

¡Cuando el marido es injusto, perverso, infiel, entonces la madre se retuerce con desesperación las manos, considerando que ya nada queda, nada absolutamente!

Había llorado y sollozado tanto, que estaba sin fuerza y sin aliento. Sentose en el suelo, apoyando la espalda contra el asiento del diván. Las ideas se ausentaron de su cerebro, en el que reinaba por completo el más desconsolador vacío. Su cuerpo estaba desfallecido con la violenta sensación de que algo había concluido; no se daba cuenta de qué, pero acaso era su amor....

Sintió que la puerta se cerraba cuidadosamente. ¿Era Armor que volvía? Ignoraba cuánto tiempo permaneció sola. El reloj dió las doce.

¡Tan pocos minutos, tal vez treinta, y en ellos no más agotó toda una eternidad de dolor! Si era él, debía levantarse y mostrarse tranquila, á fin de que no sorprendiera sus lágrimas. A los hombres no les gustan las mujeres que lloran, había dicho su madre. Ahora no se trataba de seguir el consejo; era orgullosa y no quería que su marido comprendiese la extensión del mal que causara.

Se levantó con gran trabajo. ¡Qué causados estaban sus miembros! ¡Cuán débil se sentía! Félix entró con arrogancia, pero algo corrido.

—¿No te has acostado?—dijo á su mujer como sorprendido de encontrarla allí.

Albina hizo con la cabeza un signo negativo, y se dirigió hacia su cuarto. Su vacilante paso impresionó el corazón de Armor, levantó bruscamente la pantalla del quinqué, y viendo pálido y contraído el rostro de la joven, corrió á su lado.

—¡Pobre Albina mía—exclamó conmovido—qué disgusto te he dado!.... Pero, también ¿por qué te forjas á tu gusto historias semejantes?

Albina le tapó la boca con la mano. ¡Que no mintiese, sobre todo! La mentira sería peor que lo demás.

— Ven, mujercita mía, ven

La condujo á su cuarto prodigándole tiernísimos cuidados, y ayudola después á acostarse entre mil cariñosas palabras, pues ya sabemos que no era del todo malo.

Albina aceptaba sus atenciones con agradecimiento, pero con tal tristeza á la vez, que le pareció no haber sabido nunca hasta entonces lo que era el pesar. En su dolor de madre, había algo de augusto: en esto, sólo existía una baja amargura que casi la avergonzaba.

Cuando se acostó, pálida, con un gran cerco sombrío alrededor de sus ojos, Armor fué á apagar la lámpara de su estudio, después volvió junto á su esposa.

— Eso no iba en serio, ¿verdad?— dijo Albina.— Y bien, demasiado sabes que te quiero mucho.

Le perdonaba de todo corazón, ¡es tan cruel guardar rencor á quien se ama! ¡Quién sabe si tan sólo después de semejante prueba había querido prodigarle sus caricias!



XIX

Transcurrieron tres años, durante los cuales Félix Armor produjo muy poco: una composición para orquesta, que apenas despertó interés, algunas melodías y una media docena de trozos para piano. Se ocupaba en una pantomima para la Opera; pero, además de no estar muy satisfecho de la música, los retrasos que debe sufrir toda obra destinada á esta escena le desalentaban á cada instante. Para trabajar con fe, necesitaba inmediato estímulo, y los trabajos á largo plazo inspirábanle poco.

En cambio, se divertía mucho con unos cuantos amigos, á quienes alegraba su buen humor.

— ¡Lástima que Armor sea un perezoso!— decían Desroches con sincero pesar.

— ¡Qué marido tan delicioso tiene usted!— decían á Albina las mujeres, bastante envidiosas de tal fortuna.

Albina sonreía, sabiendo que la primera ley de la prudencia social es mostrarse contento con su suerte; pero hubiera podido decir cuánto cuesta dentro del hogar la buena disposición de un hombre echado á perder por el éxito.

Había también cierta malicia en el fondo del empeño que ponían en alabar á su marido. Contábanse entre las mujeres algunas historias, encaminadas á probar que Armor no era apreciado únicamente por la buena sociedad; y era para ellas negocio de interés saber si Albina conocía estas